

bres bien armados, todos con su correspondiente banda verde, el color de las armas de los Mazarinos. El rey salió á recibirle, no obstante su propia orden anterior que le prohibía la entrada en el reino, y al cabo de un año de ausencia volvió el cardenal al lado de la reina madre.

El parlamento no tomó ninguna disposición para sostener sus edictos respecto del cardenal, probablemente por respeto al rey ya mayor de edad, y lo mismo hizo el coadjutor, que habiendo recibido entonces el deseado capelo y adoptado el nombre de cardenal de Retz, se mantuvo quieto. No así los grandes, capitaneados por Gaston de Orleans; estos no se sentían dispuestos á sufrir otra vez el gobierno del sucesor de Richelieu, y reunieron un ejército, con el cual ocuparon las ciudades de Orleans y de Anjou, mientras seguía adelante la rebelión en la Guiana; de modo que al fin y al cabo la aristocracia empezó á dar señales de energía y de vigor haciendo recordar las pasadas guerras civiles y la regencia de María de Médicis. Llamados por Gaston entraron los españoles en Francia y sus estandartes rojos ondearon luego al lado de los azules de la familia de Orleans y de los leonados de los Condés. El célebre príncipe de Condé se encontró esta vez en frente de otro general no ménos famoso y perito, el vizconde de Turena, que había combatido al principio en las filas de los frondistas y aun de los españoles donde se había convencido de lo anti-patriótico de esta conducta y deseaba compensar este baldon con extraordinarios servicios. Obligó Turena con maniobras hábiles al ejército de Condé á retirarse á París, pero el parlamento dispuso que las puertas de la ciudad quedasen cerradas para ambos ejércitos beligerantes; y después de muchos encuentros y escaramuzas atacó Turena á su contrario el 2 de julio de 1653 con gran superioridad numérica en el arrabal de San Antonio, donde se había fortificado. Las tropas de Turena penetraron dentro y arrojaron el enemigo. Condé defendiéndose de casa en casa quedó finalmente acorralado contra la muralla de la ciudad y hubiera muerto allí con los suyos, si no le hubiera salvado una mujer, la princesa de Montpensier que determinó al consejo municipal de París á ampararle y abrirle las puertas. Era esta princesa admiradora entusiasta del héroe y enemiga irreconciliable de Mazarino, por cierto la más valiente, á la par que extravagante (en esto el reverso de su padre, el cobarde Gaston de Orleans) entre las muchas mujeres bellas, inteligentes y voluptuosas que figuraron en estas revueltas. El populacho de la capital se declaró partidario entusiasta de ella y de Condé, y obligó en un sangriento motin al consejo municipal y al parlamento á rebelarse contra el rey; bien que muchos consejeros salieron de la capital sublevada y formaron en son de protesta en Pontoise otro parlamento. Mazarino, infiriendo probablemente de todo esto que el gobierno de la plebe no tendría ninguna duración, salió del reino por segunda vez, en agosto de 1652, á fin de precipitar los sucesos con su ausencia tan deseada y se estableció cerca de la frontera en la pequeña ciudad de Bouillon, del obispado de Lieja.

No se había engañado. Los magnates rebeldes continuaron inactivos en la capital y bajo el gobierno del terror del bajo pueblo. Las clases más ilustradas de la ciudad se cansaron pronto así de los sangrientos desórdenes del populacho, como de los aristócratas que no hacían absolutamente nada encaminado á un plan de reforma que obedeciera á principios fijos; y viendo alejado al parecer definitivamente al enemigo general, á Mazarino, invitaron con repetidas comisiones al rey á volver á su capital; pero Luis contestó invariablemente á todas las excitaciones que no volvería si antes no eran expulsados los autores de los desórdenes, es decir, los magnates rebeldes. Como los oficiales de las milicias

ciudadanas estuviesen dispuestos á cumplir los deseos del rey á viva fuerza, no quiso aguardar Condé á que le persuadieran y se evadió el día 13 del mes de octubre. Fuera Condé de París volvieron á ocupar sus puestos todos los consejeros municipales adictos al rey, el cual ocho días después, en 21 de octubre de 1652, hizo su solemne entrada, saludado con júbilo por la población dispuesta á obedecerle á ciegas. El joven soberano, tan hermoso, con sus facciones regulares, y expresión seria, con su porte lleno de dignidad, impresionó vivamente el espíritu movedido de los parisenses, tanto más cuanto que luego se supo que asistía atento y con gran celo á todas las sesiones del consejo, que no obstante el grande afecto que profesaba á su madre tenía opiniones y voluntad propias y que sabía hacerlas valer. Hasta nueva orden fueron desterrados de París el duque Gaston de Orleans, gran número de otros magnates revoltosos, diez miembros del parlamento y toda la servidumbre de la familia de Condé. Paso á paso fueron sometidas las provincias sublevadas, y á últimos de octubre obligaron Turena y Mazarino con sus tropas á Condé á pasar la frontera y refugiarse en los Países Bajos donde entró al servicio de España.

No hay que decir que en esta situación se apresuró Gaston de Orleans á hacer la paz con la corte, que le fué también concedida, y merced á la cual pasó para siempre al tan merecido olvido.

La Fronda quedaba definitivamente vencida y con ella terminaron la última tentativa de los antiguos elementos feudales para reconquistar su insolente y discolorada independencia pasada y finalmente la resistencia armada de las clases medias contra el gobierno monárquico, absoluto y omnipotente. A tan brillante resultado habían contribuido por una parte el ejército permanente, siempre á las órdenes del soberano, y no influido por intereses políticos de partido, y por otra la en el fondo indestructible lealtad que á la mayoría del pueblo francés animaba para su soberano unida al deseo mas vivo de gozar de paz y de tranquilidad; pero mas que todo esto habían trabajado por la causa del rey y la obra de Richelieu y de su sucesor el miserable egoísmo y consiguiente desunión que dominaban á cada fracción de la oposición.

Sucesivamente habían gobernado el parlamento, los grandes y el pueblo, y ninguno de estos elementos había seguido principios generales, sino que solamente se había inspirado en intereses mezquinos, personales ó cuando mas de clases. ¿Cómo podía haber así entusiasmo ni participación perseverante en las oposiciones? Habiéndose, pues, mostrado todos los partidos incapaces é indignos de gobernar la nación, no quedaba ya otro camino que tomar, ni otro medio de librar al país de tanta confusión que la monarquía, el gobierno de un rey; y este ganó en efecto. Hay que convenir en que si la victoria fué debida en gran parte á la política y tenacidad de Mazarino, que sabía poner á su servicio los hechos consumados, lo fué aun mucho mas á la nulidad de sus adversarios.

Uno de los mas corrompidos de estos últimos, aunque dotado de talento, era el cardenal de Retz, que en diciembre del mismo año 1652 fué encerrado en Vincennes. El parlamento, que se había vuelto muy humilde registró sin chistar trece reales órdenes referentes á nuevas contribuciones, y no habiendo ya ningún obstáculo á la vuelta de Mazarino, le llamó el rey, le salió á recibir, y el 3 de febrero de 1652 entró triunfalmente en París, sumisamente saludado por todas las altas notabilidades. Su poder fué entonces mayor que nunca. La reina madre, dedicada cada día mas á sus ejercicios devotos, parecía dejarse gobernar exclusivamente por el cardenal en todos los asuntos mundanos, tanto que hasta para sus limosnas consultaba su parecer. El joven rey ocu-

pábase con ahinco en los estudios y mucho mas todavía en ejercicios guerreros con gran satisfacción de sus súbditos; esto sin perjuicio de enterarse de los negocios públicos y manifestar en ocasiones su opinión contraria á la de sus consejeros y su juicio independiente; pero en general dejaba hacer al cardenal, siguiendo en esto con pleno conocimiento el ejemplo de su madre á quien amaba sinceramente. Era grande también su veneración á Mazarino primero como guía y consejero suyo desde que estaba en el mundo, y luego como defensor sincero y juicioso de la autoridad real á cuyo prestigio desde muy niño dirigió Luis todas sus acciones y proyectos con su innata seriedad y fuerza de carácter.

Mucho era lo que había que hacer, porque los disturbios interiores no solamente habían muerto todo sentimiento de libertad y de independencia, sino que habían conmovido seriamente la autoridad de la Francia en el extranjero. Los ejércitos franceses, insuficientes y desatendidos, habían sido arrojados de Italia y de los Países Bajos, mientras que los españoles, cuyos ejércitos mandaba entonces el gran Condé, habían penetrado en Francia.

Mazarino sofocó primero los desórdenes en el interior y en seguida activó enérgicamente la guerra contra los enemigos exteriores. En noviembre de 1653 presentóse el rey por primera vez en el teatro de la guerra, por supuesto á prudente distancia del enemigo, y después de esta gran hazaña patriótica, se celebró en Reims el 7 de junio de 1654 la solemne coronación del joven monarca, que entonces contaba diez y siete años y parecía tener veinte. Este desarrollo precoz explica la primera inclinación amorosa que entonces se apoderó de su corazón hacia una de las sobrinas del cardenal, la ambiciosa, inteligente y perspicaz, aunque no precisamente bella, Olimpia Mancini. Esta joven tuvo bastante talento para no tomar muy por lo serio el amor del muchacho coronado, y solo lo aprovechó para consolidar la influencia de su tío.

Posteriormente esta primera amante del rey Luis XIV se casó con un príncipe de Saboya y fué madre del célebre príncipe Eugenio. Un amor mas verdadero, constante y profundo inspiró á Luis la hermana de Olimpia, María, la menos bella de todas las sobrinas del cardenal, pero que en cambio tenía para el rey el incomparable atractivo de estar verdaderamente enamorada de él. Esta relación amorosa fué perfectamente pura y moral, tanto que el rey estaba positivamente decidido á casarse con la muchacha; pero Mazarino la alejó de la corte y la prohibió toda correspondencia con el joven monarca, dando con esto una prueba honradísima de que antepone el interés del Estado y de su soberano, al suyo y al de su familia. Luis XIV lloró al separarse de María, pero ella le dijo con despecho: «V. M. llora siendo el amo.» Sin embargo, la soberbia característica de Luis XIV se humilló ante su madre y su amigo paternal, y les sacrificó este amor verdadero: tan grandes eran el afecto y respeto que profesaba á la una y al otro. El cardenal tenía un casamiento muy distinto en proyecto para su régio discípulo.

Desde que tuvo otra vez en su mano las riendas del Estado, había cambiado la faz de la guerra. Como Richelieu, tampoco él tuvo escrúpulo en aliarse con el partido republicano de Inglaterra, y sobre todo con su jefe victorioso, el protector Oliverio Cromwell; y en consecuencia de esta alianza, penetró en los Países Bajos españoles un ejército anglo-francés á las órdenes de Turena, que destruyó en las Dunas cerca de Dunkerque el último que España pudo oponer en el 14 de junio de 1657. Don Juan de Austria que lo mandaba (1) no había atendido al consejo de Condé que for-

maba parte del ejército; pero á los ojos del público Turena había vencido á ambos caudillos célebres y su fama creció en proporción. El resultado fué que toda Flandes cayó en manos de los vencedores cuyos jinetes se adelantaron hasta las puertas de Bruselas. Tan formidable golpe quitó al gobierno español las ganas de continuar la guerra y no pensó ya sino en hacer la paz y sellarla, para darle mayor fuerza, casando á la infanta María Teresa con Luis XIV. Después de las proposiciones preliminares pasóse á la negociación formal entre ambas naciones, representando á la Francia Mazarino y á España don Luis de Haro, y á fin de que ninguno de los ministros y de sus respectivos gobiernos cediesen al otro en categoría, se celebraron las conferencias en la isleta llamada de los Faisanes que se halla en medio del río Bidasoa que separa los dos reinos. Con este objeto se levantó en la isla un pabellón y se la unió con cada una de las dos orillas por medio de un puente especial. La dificultad principal de llegar á una inteligencia estribaba en dos puntos, capitales para los españoles: primero, que el rey de Francia perdonara al príncipe de Condé y le devolviera todos sus honores y dignidades, y segundo, que la Francia renunciara para siempre jamás á toda pretensión de sucesión á la corona de España. El primer punto les fué concedido en cambio de una fortaleza belga que sacrificaron generosamente en favor de su protegido, y el segundo quedó arreglado en parte con el dote de medio millón de escudos de oro, que llevó la infanta y en parte con la reserva mental del gobierno francés de faltar á la promesa cuando se presentara la ocasión. De esta manera todas las ventajas fueron para Francia. Esta paz, conocida por la de los Pirineos, fué firmada el 7 de noviembre de 1659. Por ella, recibió Francia el para España tan importante territorio del Rosellón al otro lado de los Pirineos, y el condado de Artois en el Norte de Francia, mas una gran parte del ducado de Luxemburgo, la importante plaza de Diedenhofen (Thionville), y una línea de fortalezas á lo largo de la Bélgica.

La paz de los Pirineos fué el remate de la obra en la cual desde Enrique IV habían empleado los jefes del gobierno francés toda su habilidad y perseverancia; es decir, la obra de despojar á la España de su preponderancia política en Europa, y pasarla á Francia. Por esta paz reconoció España, después de veinticinco años de guerra á muerte, la superioridad de su rival, cuya posición cambió de golpe con la extensión de su frontera meridional hasta las cumbres de los Pirineos y con la adquisición de una larga línea de excelentes plazas fortificadas en las nuevas fronteras del Norte y Nordeste del reino. La posición meramente defensiva de la Francia respecto de España, habíase cambiado repentinamente en una posición ofensiva, que le permitía ejercer en cualquier tiempo su presión militar ó política sobre los Países Bajos de España y la Alemania del Norte.

Con este último país tenía ya contacto por medio de una alianza, llamada del Rhin, que Mazarino había firmado en Francfort sobre el Mein en el verano del año 1659 con un gran número de soberanos alemanes, como los electores de Maguncia, Tréveris, Colonia y Baviera, el rey de Suecia por sus posesiones en Alemania, la Casa güelfa (Brunswick, Hannover, etc.), y el landgrave de Hesse. Esta alianza era ofensiva y defensiva y obligaba á las partes contratantes á sostener la paz de Westfalia; y lejos de ser una pura fórmula, mantenía un ejército á cuya formación cada aliado contribuía con sus correspondientes contingentes. En ella entraron

toria, sino otro don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, y que no tenía ninguna de las cualidades de su antecesor.

(N. del T.)

(1) Por supuesto, no el don Juan de Austria célebre en nuestra historia.



poco á poco otros muchos soberanos; de modo que en vista del gran número de interesados, no podía faltar jamás un pretexto á la Francia para mezclarse en las cosas de Alemania, pues la cosa mas fácil del mundo era excitar á uno de tantos, aunque fuese el mas pequeño, á declararse amenazado en su territorio y quejarse de una infracción de la paz de Westfalia; con lo cual tenia Francia en su mano el medio de obligar á los demás á intervenir con ella en los asuntos puramente alemanes.

Nunca, ni en tiempo de Richelieu, había disfrutado Francia de tanta tranquilidad en el interior y de una posición tan imponente y brillante en el exterior. Condé se reconcilió con el rey y se contentó con la posición puramente ostentosa sin influencia alguna que le había tocado á consecuencia de la paz, y el 3 de junio de 1660 se celebraron las bodas régias conforme á lo estipulado.

La nueva reina era de estatura pequeña, pero bien conformada, rostro ovalado, ojos azules, mirada tierna, cabello rubio claro, cutis brillante, la boca tradicional de los Habsburgos; sus costumbres eran sencillas. Sus maneras distinguidas y su carácter amable é insinuante le ganaron luego el amor y cariño de su esposo, que tenia la misma edad que ella, y que entonces, conforme dicen todos los contemporáneos, no estaba todavía entregado á inmoralidad y al vicio. Desgraciadamente no supo la reina conservar este amor.

Hecha la paz con España, y sometida la Alemania en gran parte á la influencia francesa, extendióse ésta también sobre el Norte de Europa. En Holanda alióse incondicionalmente con Francia, el gran pensionario Juan de Witt, jefe del partido aristocrático-particularista dominante á la sazón en las Provincias Unidas, encomendando á la Francia la defensa del país por tierra, mientras él dedicaba todas sus fuerzas á su desarrollo marítimo. La antigua aliada de Francia en la guerra de los Treinta años, la Suecia, continuó también siendo su cliente. Su rey Carlos X Gustavo, habiendo provocado contra sí una alianza de todos los países del Norte y del emperador de Alemania á causa de sus repetidos ataques á la Dinamarca y á la Polonia, hallábase en grandísimo apuro, y la grandeza ficticia de la Suecia estaba á punto de desaparecer de un solo golpe. En tan crítica situación, la amenaza de intervención que hizo la Francia bastó para hacer vencedor al vencido y obligar á sus enemigos á firmar la paz de Oliva, para Suecia tan ventajosa; y todo sin necesidad de desenvainar la espada.

Hay que confesar en vista de todo esto que los resultados del gobierno de Mazarino fueron gigantescos. Ya se ve que había tenido por predecesor á Richelieu, pero había sabido administrar admirablemente bien la herencia de aquel grande hombre, y lo que es mas, con un procedimiento muy diferente, pues que no tenia aquella osadía poderosísima é irresistible de Richelieu que, incapaz de ceder ni de doblarse, quebraba todo lo que se oponía á su paso. El carácter de Mazarino era lento, calculador, minucioso, tímido ante todo obstáculo peligroso y por tanto enemigo de echar mano de medidas rigurosas y radicales. En cambio no despreciaba las mas mezquinas y rastreras, pero sin perder jamás de vista su objeto final, buscando y encontrando siempre medios para lograr con rodeos y pertinacia lo que le había sido imposible alcanzar por caminos directos y por la acción brutal y descubriendo en las situaciones mas desesperadas el camino por donde podía llegar á los triunfos mas grandes. Mazarino no tenia genio creador, pero manteniéndose en la vía trazada por su predecesor, supo llegar á la meta.

Odiado como nadie, su cabeza puesta á precio como enemigo de la paz y del orden públicos, le cupo la satisfacción de ver á todo el mundo inclinarse delante de sus méritos

con admiración y hasta con amor y afecto. El mismo Condé los reconoció y por esto se reconcilió con él. Mazarino gobernaba ya la Francia como un dictador, sin trabas. Las cosas mas pequeñas como las mas grandes pasaban por sus manos, y nada se hacia sin él; él repartía y proveía todos los empleos, desde las lugar-tenencias hasta los beneficios eclesiásticos, en fin, todas las dignidades, sinecuras y donativos en metálico, todo lo distribuía á su placer; él daba órdenes á los generales del ejército; él dirigía las discusiones y conclusiones de los parlamentos y consejos; y los otros ministros no eran mas que sus amanuenses. Los embajadores extranjeros solicitaban su protección y favor. El rey se limitaba á tomar simplemente conocimiento de todo, á fin de ir aprendiendo, y no podía pasarse un solo día sin la sociedad del cardenal, que le instruía de todo. Fuera de esto pasaba Luis el resto del tiempo cazando, bailando, jugando á la pelota y á los naipes, mostrando sobre todo por este último pasatiempo una predilección muy particular, y finalmente dirigiendo los ejercicios de su guardia. Su carácter régio solo se anunciaba y manifestaba entonces en su trato y porte digno, reservado y aun frío y siempre superior.

El reinado de Luis XIV no presenta aquella unidad majestuosa que se ha hecho proverbial; los diez y ocho años primeros, que por cierto no son los menos gloriosos de todo su reinado, pertenecen á los Mazarino, Condé y Turenna; son un periodo de victorias brillantes, de conquistas gloriosas y tratados de paz felices, periodo tan famoso en la parte literaria como en la parte política. Verdad es que entonces la Francia no dictaba todavía leyes á la Europa como sucedió algunos decenios despues, pero tampoco era el enemigo general contra el cual toda la Europa se aliaba, y por esto gozó de una posición política mas ventajosa que cuando la gobernaba directamente el gran rey.

En este glorioso apogeo de su carrera no desmintió Mazarino su colosal codicia. No satisfecho con los pingües sueldos que cobraba por sus muchos empleos de los gobiernos de Alsacia, Breisach, La Rochela, Brouage y Philippsburgo que dependían directamente de él; no contento con las rentas de dos ducados, de muchos condados, y de cuarenta abadías, las mas ricas del reino, metía la mano constantemente en las arcas del Estado, y comerciaba públicamente con los empleos mas elevados. Su palacio contenía mas riquezas en muebles, objetos raros, estatuas, cuadros, piedras preciosas y platería que el palacio del soberano mas rico de la tierra. «Se conoce, decían entonces los maliciosos, que es la morada de un sujeto que recibe muchísimo y que da muy poco.» Sus contemporáneos calculaban su caudal entre 40 y 50 millones de libras (entre 300 y 375 millones de pesetas). Las familias mas nobles de Francia se disputaban el honor de emparentar con este siciliano afortunado, aunque de nobleza dudosa.

En 9 de marzo de 1661 pasó Mazarino á mejor vida á una edad en que solo excedía la de su predecesor Richelieu en diez y siete meses, despues de haber gobernado la Francia como este último por espacio de diez y ocho años. En su testamento prohibió expresamente publicar el total de su riqueza. El rey heredó los mejores diamantes y cuadros de su ministro, pero se dice que se apropió además algunos millones en metálico. Otra cláusula del testamento estaba destinada en cierta manera á conservar su memoria para siempre, ordenando la fundación de un colegio llamado de las Cuatro Naciones, en el cual debían recibir instrucción gratuita cierto número de jóvenes hijos de los cuatro territorios incorporados á la Francia durante su gobierno, á saber: la Alsacia, el Piñerol, el Rosellon y el Artois.

Luis XIV, educado exclusivamente en la política de

Richelieu y Mazarino, no había oído nunca otro principio monárquico mas que la separación de la persona del rey del ejercicio material del poder; segun este principio el trabajo del gobierno tocaba á los ministros; y la manera en que había dejado hacer al cardenal, abandonándole todos los negocios hasta su muerte, parecía indicar que Luis XIV estaba enteramente conforme con esta máxima. Muerto el cardenal, todos ansiaban naturalmente saber quién se encargaría del empleo de ministro principal; pero á pesar de haberse descuidado Mazarino muy mucho y adrede en la educación del rey para prolongar así su gobierno, y á pesar de que si le había introducido en los misterios de los negocios públicos lo había hecho solo con el fin de presentarse mejor como único defensor de la monarquía; tenía el joven rey una voluntad tan enérgica y propia, una opinión tan favorable de sí mismo y una ambición tan insaciable como nadie la había sospechado. Así fué que los ministros se quedaron poco menos que petrificados cuando el rey, despues de haber cuidado con filial solicitud á su venerable y fiel amigo en su última enfermedad, y haber vertido honrosas y sinceras lágrimas á su muerte, los llamó á la mañana siguiente á su presencia y les dijo: «Señores, os he hecho llamar para deciros que hasta ahora he dejado la dirección de mis negocios á cargo del difunto cardenal; pero ahora es ya tiempo de que yo mismo gobierne. Me ayudareis con vuestros consejos cuando yo los pidiere; os prohibo firmar hasta lo mas pequeño, aunque no sea sino un pasaporte, sin orden mia; me dareis cuenta diaria de lo que ocurra, y no favorecereis á nadie en particular.»

Había empezado el gobierno absoluto de Luis XIV.

### CAPITULO TERCERO

#### LUIS XIV AUTÓCRATA

Era tan arraigada y universal la creencia de que el soberano de un país lo era solo para disfrutar y no para trabajar, que la alocución del rey solo excitó una sonrisa. Nadie dudaba que antes de muchos dias se cansaría de la carga y volvería á sus acostumbrados pasatiempos, dejando los trabajos y la responsabilidad otra vez á un ministro principal.

Entre los que ambicionaban este puesto, el que mas probabilidades de ser elegido reunía era Nicolás Fouquet, intendente superior de hacienda (1); que había nacido en el año 1615 de una antigua familia parlamentaria. Empleado por Mazarino como intendente de ejército, habiase dedicado en cuerpo y alma á servir la causa del cardenal, al cual había prestado valiosos servicios durante el tiempo de la Fronda. El ministro, que siempre se había mostrado agradecido á sus parciales y amigos, nombró en recompensa á Fouquet procurador general cerca del parlamento de París, y despues de su segunda vuelta á Francia, en febrero del año 1653, le

(1) Véase A. CHERUEL: *Memoires sur la vie publique et privée de Fouquet*, 2 tomos, París 1865. Esta obra contiene mucho mas de lo que promete su título. Fouquet no dejó escritas sus memorias, sino únicamente papeles sueltos; pero Chéruel creyó deber dar á esta obra el título de *Memorias* en lugar del de *Biografía*, porque casi siempre deja hablar á los contemporáneos de Fouquet. Además de apuntes notables secundarios, ha consultado Chéruel, entre muchos otros manuscritos, los papeles que se encontraron en una caja secreta de Fouquet, y que costó mucho trabajo descifrar por haber ocultado los firmantes correspondientes sus nombres amén de haber tomado otras precauciones para hacerlos ininteligibles á los profanos. Consultó además el diario de Fouquet, y el del secretario protocolista del tribunal nombrado para entender y fallar la causa contra el intendente. Esta obra de Chéruel es tan instructiva como amena y presenta con vivos colores los caracteres de los personajes principales, tanto políticos como literatos de la época.

dió el empleo de intendente superior ó jefe de hacienda, cargo ambicionadísimo, y le hizo simultáneamente ministro de Estado. Era hombre ambicioso, astuto, fanfarron, apasionado igualmente de los goces mas sublimes del alma y de la inteligencia, que de los placeres materiales mas crapulosos.

Llegado que hubo á aquel elevado puesto, resolvió Fouquet pasar una vida regalada y proporcionarse todas las satisfacciones y gustos, porque sirviendo la insaciable codicia de Mazarino adquiría tácitamente el permiso de procurar también para sí, ya haciendo contratas ventajosas con el gobierno, ya metiendo las manos hasta los codos en las arcas del Estado; solo que él no hacia como su amo, que amontonaba tesoros sobre tesoros, sino que los empleaba en dos cosas muy distintas que nos presentan muy al vivo las costumbres de aquella época. Por una parte compraba partidarios de su persona en todas las clases superiores de la población, y además diferentes castillos fuertes, para cimentar su poder é influencia y reservarse algunos refugios para épocas de persecución y de adversidad. No en balde el astuto ambicioso llevaba en su escudo de armas una ardilla trepadora con el lema: *«Quo non ascendam?»* Mas dinero gastaba sin embargo en cosas de su lujo verdaderamente loco y para satisfacción de sus pasiones crapulosas. Desde los apacibles y divertidos años del principio de la regencia habíanse hecho moda el fausto y la dilapidación, no solamente entre la nobleza, sino también y casi mas en la clase media, entre los comerciantes enriquecidos y sobre todo entre los consejeros de los parlamentos y los contratas del cobro de contribuciones. Uno gastó para una sola función de baile 10,000 escudos de oro, suma que pasa de 225,000 pesetas; una cena costó al anfitrión, el mariscal de L'Hopital, 12,000 escudos de oro, ó sean 20,000 pesetas. Las sumas que entonces se despilfarraban en muebles, tapices y máquinas ingeniosas parecerían increíbles hasta á nuestros millonarios de hoy. Entre todos, sin embargo, descollaba Fouquet por las magnificencias que desplegabá; y la frescura con que gastaba el dinero ganado por medios tan inmorales. En todas las provincias poseía palacios con sus grandiosos jardines, obras hidráulicas para surtidores, cascadas, etc., lujo en el mueblaje y ajuar. Sus galanteos eran innumerables, porque las señoras mas elevadas se mostraban accesibles á sus diamantes y á las colosales sumas que les regalaba. Las malas lenguas añadieron [mas; pero lo que se ha podido comprobar demuestra la increíble desmoralización de aquella sociedad y de aquella época. Tan grande corrupción iba acompañada de una viva pasión por las obras literarias, y como Fouquet quería verse ensalzado por sus contemporáneos y glorificado por las generaciones venideras, mostróse naturalmente liberalísimo con los poetas, y hay que convenir en que tanto en la elección de sus protegidos literatos como en la de sus amos, evidenció un gusto muy delicado y refinado, porque sus queridas se distinguieron casi todas por sus notabilísimas cualidades intelectuales.

Respecto de la literatura puede decirse que en la época de la Fronda é inmediatamente despues no brillaba mucho. Corneille empezaba á ser viejo, y sus obras nuevas hacían fiasco. Los poetas chocarreros, á cuya cabeza iba Scarron, ente enteco y contrahecho, el «enfermo de la reina» como él se llamaba porque Ana de Austria le pasaba una pensión, habían echado á perder el gusto del público, y la aceptación general que hallaban es la mejor prueba de la superficialidad epicúrea, de la falta de principios y del profundo desengaño que la Fronda había dejado en los ánimos. Como extremo opuesto hacíanse notar las llamadas mujeres «preciosas» que cultivaban un refinamiento exagerado de sentimientos y de